

Portugal en la vida y obra de Cervantes

MIGUEL ÁNGEL TEJEIRO FUENTES
Universidad de Extremadura

1. PORTUGAL EN LA VIDA DE CERVANTES

Durante algún tiempo la corte lusitana, como lo serán también los diferentes estados italianos, recibió la visita de escritores y humanistas españoles que acompañaban en misiones diplomáticas a los grandes señores o viajaban por su cuenta en busca de fortuna. Aquella corte se caracterizaba por su esplendor y prosperidad a comienzos del siglo XVI, y buen ejemplo de ello lo encontramos en la *Comedia Trofea* del extremeño Bartolomé de Torres Naharro, en donde se da cuenta de la embajada que Tristán de Acuña hizo al Papa con motivo de la victoria lusa en las Molucas. Los portugueses, merced a las bulas del papa Alejandro VI¹, habían pasado a dominar el norte de África y las Islas Orientales, que les suministraban buena parte de sus riquezas, contribuyendo a su poderío económico y militar del que era testigo el incesante trasiego de barcos en el internacional puerto de Lisboa. Cuando el escuadrón de peregrinos que protagonizan el *Persiles* abandonan las peligrosas aguas del enojoso norte europeo y toman tierra segura en Lisboa, el español Antonio explica a su bárbara esposa Ricla las excelencias de aquella ciudad "...en donde se descargan las riquezas del oriente y desde ellas se reparten por

¹ Y en concreto la *Bula inter coetera* de 4 de mayo de 1493, según la cual se marcaba una línea que distinguía los territorios pertenecientes a España y Portugal y que se situaba aproximadamente a cien leguas del oeste de las Islas Azores y Cabo Verde.

el universo”², una imagen que Cervantes no va a olvidar de su corta estancia en Lisboa:

Así como las naves que cargadas
Llegan de la Oriental India a Lisboa,
Que son por las mayores estimadas,
Ésta llegó, desde la popa a la proa
Cubierta de poetas, mercancía
De quien hoy saca Calicut y en Goa.³

Esta pujanza comercial de la corona portuguesa -de hecho, los portugueses destacan en los textos literarios por dedicarse al mercadeo y aparecen representados como mercaderes de paño, especias, perfumes...y demás productos procedentes del lejano oriente- y ese afán conquistador de sus gentes, estará todavía presente en la obra de Cervantes. Así, si en *La española inglesa* se alude al episodio en el que Ricaredo viaja por el Atlántico como cosario con licencia de su Majestad, la reina Isabel de Inglaterra, tratando de hacer méritos para alcanzar el amor de la joven Isabela, interceptando cualquier barco que navegara por aquellos mares, bien procedente de América, bien de Oriente:

Seis días navegaron los dos navios con próspero viento, siguiendo la derrota de las Islas Terceras (“esto es, de las Azores”), paraje donde nunca faltan o naves portuguesas de las Indias orientales o algunas derrotadas de las occidentales...⁴

² CERVANTES, M. de: *Persiles*, ed. C. Romero Muñoz, Madrid, Cátedra, 1997, p.429.

³ CERVANTES, M. de: *Viaje del Parnaso*, ed. M. Herrero García, Madrid, CSIC, 1983, p.265.

⁴ CERVANTES, M. de: *La española inglesa*, en *Novelas ejemplares*, ed. F. Sevilla y A. Rey, Madrid, Austral, Espasa-Calpe, 1991, t. I, p.266.

en *El coloquio de los perros*, refiriéndose a los falsos cultos que dicen conocer y hablar las lenguas clásicas, nos encontramos con una referencia a la colonia portuguesa del norte de África, cuando apunta Berganza:

Esso es lo que yo digo, y quisiera que a estos tales los pusieran en una prensa, y a fuerza de vueltas les sacaran el jugo de lo que saben, porque no anduviesen engañando al mundo con el oropel de sus gregüescos rotos y de sus latines falsos, como hacen los portugueses con los negros de Guinea⁵.

De este modo, Lisboa era a Portugal lo que Sevilla a España, los dos puertos más importantes de la Europa dorada, en donde convergían las Indias Occidentales con las Orientales, repartidas entre los dos países más poderosos, años después unidos bajo una misma corona. Esta fue la esplendorosa ciudad que Cervantes conoció tras su improvisado viaje a Portugal, tal vez movido más por cuestiones económicas, que tanto le acuciaron siempre, que por la curiosidad personal del viajero empedernido que acabaría siendo.

Tras su penoso cautiverio por tierras de Argel, Miguel imaginó un futuro más esperanzador a su regreso a España, donde todo serían ayudas y favores; sin embargo, nadie valoró sus servicios a la Corona ni su ejemplar comportamiento en Argel. Así, como tantos otros, mendiga alguna compensación económica importunando a los cortesanos más influyentes y solicitando cualquiera de los oficios que estaban vacantes en el Nuevo Mundo, desde Guatemala a Cartagena de Indias o la Paz.

Como no lo consigue, se traslada a Tomar a principios de 1581, acompañando a la corte real, que le encargara la peligrosa misión de regresar al norte de África como espía. A su vuelta, en junio de ese mismo año, se presenta en Lisboa para dar cuenta de las informaciones obtenidas en sus entrevistas con el alcalde de Mostaganem y a recibir parte del sueldo prometido por su trabajo, pues la otra parte ya la había cobrado antes de salir. Durante el otoño procuraría ganarse el favor de Mateo Vázquez, mano derecha del monarca español. De hecho, J. Canavaggio⁶ sostiene que por aquella época tal vez

⁵ CERVANTES, M. de: *Coloquio de los perros*, en *Novelas ejemplares*, ed. cit., t. II, p.584.

⁶ CANAVAGGIO, J.: *Cervantes, en busca del perfil perdido*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, pp. 114 y ss.

estuviera escribiendo ya su *Galatea*, si tenemos en cuenta que bajo el disfraz de Larsileo, y la canción laudatoria que Miguel le dedica en el Libro IV de su novela, pudiéramos identificar a tan ilustre personaje, del que se dice en el relato que “en los negocios de la Corte tiene larga y ejercitada experiencia”.

Años después, en el ocaso de su vida, teniendo ya el pie “puesto en el estribo”, recordará aquellos momentos inolvidables en su *Persiles* y le dedicará a la capital portuguesa uno de los episodios, si breve, no menos sentido, de su obra. Aquellos diez días en los que Periandro y Auristela se pasean por sus calles, constituyen un emocionado, y a veces exagerado en su ironía, elogio de la capital portuguesa.

El primer personaje que exagera el *laus urbis* es el grumete del navío en el que viajan nuestros peregrinos. Al descubrir a lo lejos tierra firme exclama:

¡Tierra, tierra! Aunque mejor diría: ¡Cielo, cielo!, porque, sin duda, estamos en el paraje de la famosa Lisboa...⁷

A partir de ese momento, Antonio el español y, por tanto, el que mejor conoce aquellas tierras de todo el escuadrón de peregrinos, se encarga de referirnos las bondades de aquella tierra. Además de su apogeo comercial, ya subrayado, destaca su interés demográfico, al convertirla en la más populosa ciudad de Europa, sobresaliendo por la fama de sus hospitales, como el de la Misericordia, fundado en 1498, y por la religiosidad de sus habitantes (“...verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve y notarás cómo la caridad cristiana está en su punto”⁸).

El resto es una mezcla de recuerdos vividos y fantasía literaria. Los peregrinos llegan al puerto de San Julián (“Sangián”, se nombra en la novela en varias ocasiones), ocupado por tropas españolas debido a su gran valor estratégico. Registran su llegada y continúan su viaje, desembarcando en las riberas de Belén, en donde visitan el monasterio jerónimo fundado en 1497 por el rey don Manuel I, sin duda un paso más en la peregrinación espiritual que lleva a Periandro y Auristela desde la Isla Bárbara hasta Roma.

⁷ *Persiles*, ed. cit., p. 429.

⁸ *Ibidem*, p. 430.

Pasan por tierra a Lisboa, en donde conocen al gobernador de la ciudad, “que entonces era el arzobispo de Braga”, al que poco después se le atribuye el rango de “visorrey”. Como advierte Romero Muñoz⁹ en sus esclarecedoras notas a pie de página de su edición cervantina, si seguimos la cronología del relato bizantino, la pareja de enamorados llega a la capital lusa hacia el año 1559, siendo gobernador de la ciudad bien fray Bartolomé de los Mártires o bien don Enrique, el tío del desdichado rey don Sebastián. Por el contrario, si atendemos a la fecha de composición del mismo, hacia el año 1614, parece seguro que el visorrey fuera fray Alejo de Meneses, agustino que ocupó el cargo hasta junio de 1615, cuando se trasladó a Madrid como Consejero eclesiástico de Felipe III.

En Lisboa permanecerán durante diez días, en los que les ocurren algunos sucesos curiosos de los que daremos cuenta después. Su estancia en tierras portuguesas les permite “visitar los templos y encaminar sus almas por la derecha senda de la salvación”¹⁰. Además, aumenta la popularidad del escuadrón de peregrinos y, sobre todo, de la extraordinaria belleza de Auristela. Un pintor se encargará de recoger en un gran lienzo el dibujo de todas las aventuras que les han sucedido desde su salida de la Isla Bárbara, una excusa narrativa para que Cervantes resuma los acontecimientos más destacados de su relato.

Durante los meses que Cervantes vivió en Lisboa, y luego a lo largo de su existencia, su contacto con la literatura portuguesa es tan evidente como enriquecedora, razón por la que nuestro autor nunca la ocultó, bien al contrario aprovechó cualquier ocasión que se le presentaba para ensalzarla. De este modo, la primera obra conocida de nuestro genio literario, la *Galatea*, se encuentra ligada, no sólo por género, sino también por argumento, al universo portugués que por entonces le resultaría tan familiar. Cervantes se inicia, pues, en la literatura con una obra que imita la tradición narrativa que en las letras hispanas inició el portugués Jorge de Montemayor, de cuya novela se muestra un gran conocedor. Así, en el *Quijote*, confirma la valía de la *Diana*

⁹ *Ibidem*, p. 432, n.16.

¹⁰ *Ibidem*, p. 439.

en el famoso escrutinio que llevan a cabo el Cura y el Barbero, refiriéndose a su autor como a aquel al que le cabe “la honra de ser primero en semejantes libros”¹¹, aunque no compartiera con él el fantástico embuste con el que la sabia Felicia soluciona el conflicto a través del agua encantada, inverosimilitud más propia de los censurados libros de caballerías.

No olvidemos que en esta narración pastoril, en la que se entremezcla la ficción con la realidad, clave para la interpretación del género, Elicio, pastor de las riberas del Tajo, descubre al final del relato que Aurelio, padre de su amada Galatea, ha decidido casarla con un “pastor lusitano” al que los zagales de este otro lado de la raya “pensava[n] poner tales inconvenientes y miedos...que él mesmo dixesse no ser contento de lo concertado”¹², sin renunciar incluso al uso de la fuerza. Como tampoco podemos pasar por alto las referencias que a lo largo de esta obra Cervantes hace de escritores portugueses a los que tal vez conociera en ese primer encuentro que tendría lugar entre el verano y el otoño de 1581, pues en invierno Miguel regresaría a España con los bolsillos cargados de nada y víctima de esa desesperanza que le acompañará en algunas de sus obras.

En el repaso a la nómina de escritores conocidos que encontramos en el “Canto de Calíope”, incluido en la *Galatea*, concebido como uno de los inventarios más interesantes de la poesía en tiempos de nuestro autor, aparecen citados dos nombres. El primero de ellos es Henrique Garcés, al que dedica la siguiente octava:

De un Enrique Garcés, que al peruano
reino enriquece, pues con dulce rima,
con sutil, ingeniosa y fácil mano,
a la más ardua empresa en él dio cima,
pues en dulce español al gran toscano
nuevo lenguaje ha dado y nueva estima,
¿quién será tal que la mayor le quite,
aunque el mesmo Petrarcha resucite?¹³

¹¹ CERVANTES, M. de: *Quijote*, ed. F.º Rico, Barcelona, Editorial Crítica, 2001, I,6.

¹² CERVANTES, M. de: *Galatea*, ed. J. B. Avallé-Arce, Madrid, Clásicos Castellanos, Espasa-Calpe, 1987, p. 494.

¹³ *Galatea*, *op. cit.*, p. 448.

Sabemos que era natural de Oporto, en donde había nacido hacia el año 1525, trasladándose a España, en donde estudiaría Humanidades y, tal vez, alguna materia relacionada con la minería. Aventurero, se trasladó a vivir al Perú en donde vivió hasta finales de 1589, convirtiéndose en el descubridor más importante de yacimientos de mercurio en la región de Huancavelica, y dedicándose posteriormente a proveer de papel y tinta a las imprentas que comenzaban a establecerse en aquel territorio. Regresó a Madrid, en donde publicó las traducciones de *Os Lusíadas* de Camoens, *Del reyno del italiano* Francisco Patricio y, la conocida y citada por Cervantes, *Sonetos y canciones* de Petrarca¹⁴. Resulta curioso que Cervantes ya tuviera noticias de él durante su estancia en tierras americanas y conociera de sus inquietudes literarias y de su interés por la obra de Petrarca.

El segundo nombre se refiere a Benito de Caldera:

Tú, que de lujo el sin igual thesoro
truxiste en nueva forma a la ribera
del fértil río a quien el lecho de oro
tan famoso le haze adonde quiera:
con el debido aplauso y el decoro
devido a ti, Benito de Caldera,
y a tu ingenio sin par, prometo honrarte,
y de lauro y de yedra coronarte¹⁵.

también portugués y, además, famoso por la traducción que hizo de la obra de Camoens. En su biblioteca, Cervantes conservaba un ejemplar de su edición de Alcalá, a cargo de Juan Gracián, del año de 1580. La amistad con el poeta portugués puede venirle a través de su relación con amigos comunes, como Gálvez de Montalvo y Laínez, que incluyeron sonetos preliminares a la traducción de la obra del portugués.

¹⁴ A las noticias entresacadas de Avalle-Arce (*ed. cit.*) se recomienda la lectura del artículo de L. Monguió, *Sobre un escritor elogiado por Cervantes: los versos del perulero Enrique Garcés y sus amigos*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1960.

¹⁵ *Galatea*, *op. cit.*, p. 435.

No será la única referencia a la literatura vecina. En el citado repaso a los libros de caballerías del *Quijote*, el licenciado identifica al autor del *Palmerín de Inglaterra* con la figura de don Juan II de Portugal:

*...Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal...*¹⁶

y vuelve sobre la aristocracia cultural portuguesa en la segunda parte de su *Quijote*, cuando el andante caballero baja a la cueva de Montesinos y promete servir más devotamente a Dulcinea de lo que lo hicieron con sus damas el marqués de Mantua y el infante don Pedro de Portugal, autor del *Libro del infante don Pedro de Portugal, que anduvo las cuatro partidas*, publicado al castellano en Salamanca en el año 1547:

*...y así le haré yo de no sosegar, y de andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal hasta desencantarla...*¹⁷

Tampoco puede evitar referirse en el *Quijote* a las excelencias del verso del gran Camoens, al que cita hermanándolo conscientemente con el admirado e imitado Garcilaso:

*...Traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes, en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta ahora no hemos representado...*¹⁸

Años después, en el *Viaje del Parnaso*, publicado en noviembre de 1614, cuando su fama se había extendido por toda Europa merced a la aparición del *Quijote*, así como de las *Novelas ejemplares*, añadió nuevos nombres procedentes de las letras portuguesas, algunos de ellos tal vez afincados por entonces en la corte española. Uno de ellos es Miguel da Silveira, poeta portugués autor de *El Macabeo*, publicado tardíamente en 1638. Cervantes conoció a su tocayo antes de alcanzar éste el cargo de médico real, cuando seguramente

¹⁶ *Quijote*, ed. cit., I, 6.

¹⁷ *Ibidem*, II, 23.

¹⁸ *Ibidem*, II, 58.

frecuentaba los cenáculos cortesanos en busca de algún valedor y dejaba pruebas de su ingenio poético en poemas encomiásticos, como el elogio que encabeza la *Dirección de Secretarios de señores* de Barrio Angulo¹⁹. Curiosamente, ambos pertenecían a la famosa congregación religiosa de los “esclavos del Santísimo Sacramento”, en la que, además de actividades religiosas, celebraban certámenes poéticos cuyos premios eran costeados por los personajes más influyentes de la corte, el duque de Lerma incluido. Cervantes entró a formar parte de la misma el 17 de abril de 1609, mientras que Silveira lo hizo el 10 de agosto de 1612.

En él ensalza Cervantes la poesía portuguesa cuando dice:

Éste, por quien de Lusa están ufanas
Las Musas, es SILVEIRA, aquel famoso,
Que por llevarle con razón te afanas²⁰.

Asimismo merece un recuerdo la figura de Juan Mendes de Vasconcelhos, nacido en Évora, y uno de los muchos portugueses que defendieron hasta la muerte la unión ibérica, llegando a formar parte de los ejércitos reales españoles. Publicó en Madrid en 1612 una obra titulada *Liga Deshecha*, por la que tal vez mereciera el halago de nuestro autor cuando señala:

Aquel discreto JUAN DE VASCONCELOS
Venía delante en un caballo bayo,
Dando a las musas lusitanas celos²¹.

¹⁹ Consúltense los datos aportados por M. HERRERO GARCÍA en sus Notas al *Viaje del Parnaso*, ed. cit., p. 496.

²⁰ *Ibidem*, p. 231.

²¹ *Ibidem*, p. 262.

y tampoco se olvida de otros tres ingenios, si bien desconocemos los lazos de amistad que les unieron:

De la alta cumbre del famoso Pindo
Bajaron tres bizarros lusitanos,
A quien mis alabanzas todas rindo:
Con justo pie y valientes manos,
Con FERNANDO CORREA DE LA CERDA,
Pisó RODRÍGUEZ LOBO monte y llanos,
Y porque Febo su razón no pierda,
El gran DON ANTONIO DE ATAIDE
Llegó con furia alborotada y cuerda²².

El primero es el poeta Correa de la Cerda, humanista y militar curtido en África, cuyos poemas inéditos hoy en día le permitieron gozar de gran fama en su tiempo; el segundo es Francisco Rodríguez Lobo, el más renombrado de los tres merced al éxito que alcanzaron, entre otros, sus *Romances* (1596) y su *Primavera* (1601), natural de Leiria y discípulo de Camoens, al que Cervantes seguramente habría leído. Finalmente, cita a Antonio de Ataide, conde de Castro Daire, glorioso militar combatiente en las Azores y noble cercano a la corte de Felipe IV.

Todos ellos representan el elenco cervantino más representativo de la cultura portuguesa, aunque aún están por estudiar de manera más precisa y exhaustiva los vínculos de amistad que surgieron entre ellos. Debemos suponer que los ingenios tocados por la poesía frecuentaban lugares y ambientes muy concretos y, por tanto, es más que probable que todos ellos hubieran coincidido en academias, cenáculos, proyectos, ediciones, intercambio de poemas... Madrid se había convertido, como Lisboa, a principios del siglo XVII en una de las ciudades más modernas y populosas de Europa, y su atractivo cultural era imprescindible para todos aquellos que quisieran estar al corriente de las grandes novedades literarias. Desde la Comedia Nueva lopesca, que comenzaba a enseñorearse de los corrales de comedias con exitosa andadura, hasta los novedosos poemas de un Góngora o un Quevedo, pasando por

²² *Ibidem*, p. 291.

el nacimiento de la novela moderna, con Mateo Alemán y, sobre todo, con Cervantes a la cabeza, España se había convertido en el centro de atención cultural que crecía de manera inversamente proporcional a su estrepitoso fracaso político.

2. PORTUGAL EN LA OBRA DE CERVANTES

La figura del “portugués” en la literatura española del Siglo de Oro, como personaje literario que trasciende la realidad, aparece recogida en un buen número de obras. M. Herrero García²³ nos ha recordado algunas de ellas, proporcionándonos un inventario de los rasgos más sobresalientes que los adornan, a saber, la “unidad racial”, el “antagonismo político”, el “valor”, la “arrogancia”, el “ingenio” y, lo que él denomina, la “amorosidad”. Las dos primeras características tienen que ver con los vaivenes socio-políticos que influyeron en el desarrollo de ambos países a lo largo de su historia. No olvidemos que durante algo más de medio siglo el territorio portugués fue anexionado a la corona española tras los enconados enfrentamientos de bandos irreconciliables. Las otras cuatro cualidades apuntadas tienen que ver con la supuesta idiosincrasia del pueblo portugués, al que se le atribuyen, como al resto de las naciones, vicios y virtudes que se han ido transmitiendo de generación en generación a manera de leyenda enquistada, pero intocable. Estos tópicos salpican una y otra vez los textos convirtiéndolos en verdades incuestionables propiciando el debate popular. Veamos algunos de ellos.

Cuando Antonio destaca la hermosura de las mujeres portuguesas y la bizarría de los hombres en el *Persiles*, concluye con una exagerada loa, no exenta tal vez de cierta ironía, en la que subraya uno de sus rasgos más característicos: la condición de enamorados de sus gentes, junto a su valor y cierta arrogancia:

Aquí el amor y la honestidad se dan la mano y se pasean juntos, la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía. Todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son discretos²⁴.

²³ HERRERO GARCÍA, M.: *Ideas de los españoles del siglo XVI*, Madrid, Gredos, 1966, pp. 134-79.

²⁴ *Persiles*, ed. cit., p. 430.

Las referencias a la fama de enamoradizos de los portugueses se repite con insistencia en las obras cervantinas. Cuando Loaysa, en *El celoso extremeño*, trata de entrar en casa de Leonora sobornando con sus canciones al negro que duerme a la entrada, señala:

Todas ésas son aire -dijo Loaysa- para las que yo os podría enseñar, porque sé todas las del moro Abindarráez, con las de su dama Jarifa, y todas las que se cantan de la historia del gran Sofi Tomunibeyo, con las de la zarabanda a lo divino, que son tales, que hacen pasmar a los mismos portugueses²⁵.

La identificación “Portugal-amor” confirma el carácter apasionado de este pueblo, transmitido de generación en generación. En el *Viaje del Parnaso*, Cervantes se refiere a este asunto en unos versos que dicen:

Verás cómo le prestan las florestas
Sus sombras, y sus cantos los pastores,
El mal sus lutos y el placer sus fiestas;
Perlas el sur, Sabea sus olores,
El oro Tíbar, Hibla su dulzura,
Galas Milán y Lusitania amores²⁶.

La fama del galante portugués y su arrullo amoroso están estrechamente relacionadas con su lengua tan melosa y musical, capaz de competir con las del resto de la Península:

...y principalmente les alabaron la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable²⁷.

²⁵ CERVANTES, M. de: *El celoso extremeño*, en *Novelas ejemplares*, ed.cit., t. II, p. 370.

²⁶ *Viaje del Parnaso*, ed. cit., p. 258.

²⁷ *Persiles*, ed. cit., p. 562.

una idea que nuestro escritor ya había desarrollado en términos muy parecidos en la Jornada II de *La gran sultana*, cuando el gracioso Madrigal le refiere al cadí las diferentes lenguas que conoce, entre las que cita la “bergamasca de Italia”, “la gascona de la Galia” o la “griega”:

y si de aquéostas le pesa,
porque son algo escabrosas,
mostraréle las melosas
valenciana y portuguesa.²⁸

La personificación de esta propensión amorosa la encontramos en la figura del portugués Manuel de Sosa Coitiño, uno de los muchos personajes que se intercalan a lo largo del *Persiles*. Se trata de un soldado lisboeta, “noble en sangre, rico en los bienes de fortuna y no pobre en los de naturaleza”²⁹, que da en enamorarse de su vecina, descendiente del ilustre linaje de los Pereira, y mujer de gran hermosura, “deseada de todos los mejores del reino de Portugal”³⁰. Manuel pide a Leonora, que así se llama la dama, a los padres de ésta y después de algunas excusas y contratiempos se acaba prometiendo con ella.

Nombrado Capitán General, es destinado por orden real a una de las fortalezas militares del norte de África, bien Tánger, bien Ceuta, pues nada se especifica. Antes de partir, Manuel se despide de su amada con la promesa de regresar muy pronto a sus brazos. Cuando lo hace, dos años después, recibe la alegre nueva de su pronto matrimonio, que contraerá en el convento lisboeta de la Madre de Dios, fundado en el año 1509 por las monjas descalzas.

Allí, Manuel deberá aceptar, entre sorprendido y resignado, la devota e inesperada voluntad de su amada Leonora, que confiesa estar casada ya...con Dios y le manifiesta sus deseos de entrar en religión en ese mismo convento,

²⁸ CERVANTES, M. de: *La gran sultana*, en *Teatro completo*, ed. F. Sevilla y A. Rey, Barcelona, Planeta, 1987, p. 416, acto II, vv.1554-57.

²⁹ *Persiles*, ed.cit., p. 190.

³⁰ *Ibidem*, p. 190.

corriendo así igual suerte que la de Luzmán con Arbolea en la *Selva de aventuras* (1565) de Jerónimo de Contreras, o la de Gerardo con Nise en el *Español Gerardo* (1615) de Céspedes y Meneses, o la de Hipólito con Aminta en la novela del mismo nombre de Francisco de Quintana (1624), todas ellas también relatos bizantinos. El joven está a punto de perder el juicio y, desesperado, se marcha de Lisboa para iniciar un viaje que le lleva hasta las Islas Bárbaras en las que se sitúa la acción primera del *Persiles*. Allí le van a conocer sus compañeros de aventuras por un soneto amoroso que entona emocionado y que ha sido el recurso narrativo que nos permite conocer el resto de su historia. Desgraciadamente, ningún detalle más sabremos de ella, pues, nada más terminar de contárnosla, "...dando un gran suspiro, se le salió el alma y dio consigo en el suelo"³¹ sin volver a despertarse.

Será al final del relato cuando Cervantes vuelva sobre este personaje. Al desembarcar nuestros peregrinos en Lisboa, uno de los muchos admiradores que les persiguen se identifica como un marinero de los que se libró del incendio de la Isla Bárbara. Será éste quien les lleve al sepulcro que los familiares de don Manuel le han levantado en su memoria, y en donde se puede leer un epitafio no exento de ironía, que habla del amor y del antagonismo político entre ambos reinos:

*Aquí yace viva la memoria del ya muerto; Manuel de Sosa Coitiño, caballero portugués, que, a no ser portugués, aún fuera vivo. No murió a manos de ningún castellano, sino a las del amor, que todo lo puede. Procura saber su vida y envidiarás su muerte, pasajero*³².

Cervantes, al construir este personaje, tal vez no sólo estuviera pensando en el arquetipo del portugués enamorado, sino también en la ejemplificación personal a través del personaje de la figura del homónimo escritor portugués del mismo nombre, sobre el que Almeida Garret escribió, estrenó y publicó en 1844 el drama titulado *Frei Luis de Sousa*, nombre que había tomado nuestro personaje cuando se inclinó por la vida religiosa.

Había nacido éste en Santarem (c.1556). Capturado por los moros, conoció a Cervantes en Argel. Se casó en 1583 con doña Madalena de Villena,

³¹ *Ibidem*, p. 196.

³² *Ibidem*, p. 436.

viuda de don Juan de Portugal, y muerto, como otros muchos caballeros portugueses y castellanos de valía, en la célebre batalla de Alcazarquivir, donde las letras hispanas perdimos al malogrado Francisco de Aldana. Es plausible que Cervantes, en recuerdo del amigo muerto, imaginara un personaje que presenta las mismas trazas que el citado caballero, y que a partir de él trazase la biografía de este infeliz enamorado portugués.

Esta propensión al amor puede convertirse también en inclinación libidinosa y entonces el amor perfecto se transforma en desvío lujurioso. Por ello, cuando el violador Rodolfo, el caballero protagonista de *La fuerza de la sangre*, abandona a Leocadia en la calle en mitad de la noche tras haberla forzado, el narrador señala que:

*Llevóla, pues, hasta la plaza que llaman de Ayuntamiento, y allí, en voz trocada y en lengua medio portuguesa y castellana, le dijo que seguramente podía irse a su casa, porque de nadie sería seguida...*³³

Desconocemos la colonia de portugueses que existía en Toledo en aquella época, pero parece evidente que valiéndose del tópico del enamoramiento apasionado de los portugueses, el impresentable de Rodolfo, en un nuevo acto de cobardía, trata de confundir a la joven haciéndola creer que el causante de su desgracia ha sido un portugués a quien la encendida pasión le ha llevado a cometer semejante locura.

Al carácter meloso y enamoradizo de los portugueses, se añaden algunas otras características convertidas en tópicos en los textos literarios del Siglo de Oro. Ya por convencimiento, ya por experiencia, ya por imitación, Miguel de Cervantes los incorpora también a sus textos. Al valor y al ingenio se unen también tres características que conforman la idiosincrasia del país vecino y que aparecen recogidas en la historia del polaco Ortel Banedre, incluida también en el *Persiles*. Son éstas: la cortesía, la arrogancia y la rivalidad que muestran con los castellanos del otro lado de la frontera.

La historia de Ortel Banedre es tan solidaria como inverosímil, pero constata una creencia popular que habla del buen crédito que merecen los portugueses. Este personaje, caminando una noche por una de las calles de Lisboa, que ellos comúnmente llaman “rúas”, fue embestido por un caballero

³³ CERVANTES, M. de: *La fuerza de la sangre*, en *Novelas ejemplares*, ed. cit., t. II, pp. 342-43.

portugués embozado, cuya arrogancia le obliga a batirse en duelo con él y darle la muerte. En su huida, el infortunado busca protección en una casa cercana, orientándose a través de una luz que le lleva a los aposentos de una dama, a la que confiesa desesperado el motivo de su presencia allí.

“¿Sois castellano?” me preguntó en su lengua portuguesa. “No, señora -le respondí yo-, sino forastero, y bien lejos de esta tierra”. “Pues aunque fuérades mil veces castellano -replicó ella-, os librara yo, si pudiera, y os libraré, si puedo...”³⁴

La pregunta de la dama, en mitad de una situación tan violenta e inesperada, es una nueva muestra de la ironía cervantina y un reflejo evidente del sentir de los de aquella nación a la hora de valorar a quién ayudan, aunque en este caso pueda más la solidaridad que sus prejuicios y convicciones.

Oculto tras un tapiz, el polaco irá descubriendo por los gritos y comentarios que escucha a su alrededor, que el caballero al que acaba de dar muerte es el hijo de la dama que ha prometido protegerle. La llegada de la justicia y los deseos de venganza de los familiares le hacen temer lo peor. Sin embargo, atónito, comprueba cómo la desconsolada madre no sólo no le delata, sino que le encubre, “porque mal se remedia una muerte con otra, y más cuando las injurias no proceden de malicia”³⁵.

El polaco acaba agradeciendo a doña Guiomar de Sosa, la viuda principal que le ha salvado de una muerte segura, su caritativo comportamiento, que ella explica por la arrogancia de su hijo que, tarde o temprano, temía acabara de tan trágica manera. Por su parte, Ortel Banedre parte para las Indias en donde participó en aquellas hazañas que por esos mares lleva a cabo “la invencible nación portuguesa”³⁶, sirviendo como soldado “con valentísimos portugueses”³⁷, como lo fuera el caballero Juan de Merlo, de ascendencia por-

³⁴ *Persiles*, ed. cit., p. 491.

³⁵ *Ibidem*, p. 494.

³⁶ *Ibidem*, p. 497.

³⁷ *Ibidem*, p. 497.

tuguesa, y al que Miguel cita por boca de don Quijote junto a otros personajes legendarios:

*Si no, dígame también que no es verdad que fue caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fue a Borgoña y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charni, llamado Mosén Pierres, y después, en la ciudad de Basilea, con Mosén Enrique de Reinestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama*³⁸.

hazañas que fueron recogidas en la *Crónica de Juan II* y recibieron el elogio de Juan de Mena en las estrofas 198-99 de su *Laberinto de la fortuna* con motivo de su muerte, cuando dice:

¡o fados crueles, sobervios, ravisos,
que siempre robades los más virtuosos
e perdonades la gente peor!³⁹

o la de aquella nobleza portuguesa a la que Cervantes hace referencia en *El Quijote*, cuando Vivaldo pregunta al loco caballero acerca de la descendencia de su dama Dulcinea. Los tres citados explican la idea cervantina de España, a la que está estrechamente unida Portugal como una parte más del territorio:

*No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesones de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Vilanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón, Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla, Alecantros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha...*⁴⁰

³⁸ *Quijote*, ed. cit., I, 49.

³⁹ MENA, J. de: *Laberinto de la fortuna*, en *Obras completas*, ed. M. Á. Pérez Priego, Barcelona, Planeta, 1989, p. 273, estrofas 198-99.

⁴⁰ *Quijote*, ed. cit., I, 13.

Tan próximos y unidos en muchos aspectos y tan separados y distantes en otros, las culturas de nuestros dos países se han buscado y relacionado desde siempre. La trascendencia de Jorge de Montemayor y su *Diana* en nuestra literatura es un evidente ejemplo de lo que queremos decir, representante modélico de una lista numerosa de autores y textos, como los del célebre grupo de Bastos, a orillas del Mondego, en torno a las figuras castellanas de Feliciano de Silva o de Núñez de Reinoso, y a las portuguesas de Bernardim Ribeiro o Sá de Miranda⁴¹. De otro lado, los escasos estudios comparados nos deparan algunas sorpresas interesantes y nos permiten seguir por el buen camino en la búsqueda de temas comunes (desde los trabajos de M^a. Fernanda de ABREU, relacionando a Cervantes con el Romanticismo portugués o con la obra de Eça de Queirós, hasta el de M^a. R. ÁLVAREZ SELLERS entretejiendo relaciones literarias entre *El curioso impertinente* y *El yerro del entendido* del alentejano MATOS FRAGOSO, o los libros de J. T. MEDINA sobre nuestro autor en Portugal y el de O. ORICO destapando las similitudes entre Camoens y Cervantes...)⁴². No obstante, es necesario constatar que, a pesar de nuestra cercanía geográfica, existen todavía barreras superables y lagunas importantes que dificultan el conocimiento de nuestra historia común. Cuantos más lazos de unión establezcamos, más fácil nos resultará entendernos. Cervantes, sin duda, es un buen ejemplo de ello.

⁴¹ TEJEIRO FUENTES, M. Á.: "El solar de Basto: un lugar ameno para la poesía", en *Actas de Congreso Internacional Luso-Español de Lengua y Cultura en la Frontera*, Cáceres, UEx, 1996, pp. 129-43.

⁴² Vid. M^a. Fernanda de ABREU: *Cervantes no romanticismo português...*, prólogo de C. Guillén, Lisboa, Ed. Estampa, 1994 o "De un melancólico movido a risa o la risa salvadora del *Quijote* en la obra de Eça de Queirós", en *Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Palma, Universitat de les Illes Balears, 2001, pp. 1091-1097; M^a. R. ÁLVAREZ SELLERS: "Cervantes y Portugal: de *El curioso impertinente* a *El yerro del entendido* de João de Matos Fragoso", en *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Palma, Universitat de les Illes Balears, 1998, pp. 533-45; J. T. MEDINA: *Cervantes en Portugal*, Santiago de Chile, Nascimento, 1926; O. ORICO: *Camoens y Cervantes*, Santiago de Chile, Nascimento, 1945.